

Federico Mayor Zaragoza

RECUERDOS PARA EL PORVENIR

REFERENTES
Y VALORES
PARA EL
SIGLO XXI

Prólogo de
Isidro Fainé



Diseño de cubierta: Estudio SM

© 2018, Federico Mayor Zaragoza

© 2018, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ppcedit@ppc-editorial.com

www.ppc-editorial.es

ISBN 978-84-288-3158-1

Depósito legal: M 23775-2017

Impreso en la UE / Printed in EU

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

INTRODUCCIÓN

Confieso que he vivido.

PABLO NERUDA

Escribo de memoria lo que tuve delante de los ojos.

BLAS DE OTERO

El viejo orden acaba de sucumbir.

Un mundo nuevo ha nacido hoy.

Yo estuve allí y lo vi.

GOETHE (en la batalla de Valmy)

Conocí lo pulido, lo arenoso, lo desparejo, lo áspero...

JORGE LUIS BORGES (en *Elogio de la sombra*)

En esta última etapa del vivir
que apura las delicias del mirar.

RAQUEL RICO (en *Las palabras*)

Los ojos se habitúan a lo tenue,
la espalda, a estar sin alas.

MARIO BENEDETTI

Me pregunto quién podrá ser un día
el que recuerde estos recuerdos.

RAFAEL GUILLÉN

Estas semblanzas se refieren a quienes más influyeron en mi vida, a excepción de mi madre, de mi padre, de mi mujer, hijos, nietos y bisnietos, que ocupan, lógicamente, el primer lugar, junto a los que, por su cercanía y colaboración durante muchos años, han sido, con ellos, mi «entorno», mi «con-vivencia», mis senderos iluminados en los que, de pronto, irrumpieron con singular esplendor los personajes que describo en estas páginas.

Todos han sido para mí motivo de reflexión y de estímulo, todos han representado valores y cualidades que me han ayudado especialmente en los momentos más difíciles. También rememoro una serie de vivencias, algunas de ellas breves y aparentemente intrascendentes, pero que dejaron una huella indeleble y desencadenaron transformaciones de hondo calado. Siempre pienso en el inmenso impacto que tuvo un simple gesto como el de aquella costurera de Montgomery, en Alabama, llamada Rosa Parks, que regresaba un día de su trabajo y debería haberse levantado del asiento que ocupaba en la parte trasera de un autobús, porque, según las pautas de la segregación que regían en aquel Estado sureño, los negros debían ceder su asiento a los blancos cuando los asientos de la parte anterior de los vehículos ya iban llenos. Pero Rosa Parks no se levantó. Y aquella noche no la pasó en su casa, sino en la comisaría, y posteriormente tuvo que ir a vivir a Detroit, en Michigan, donde no existía racismo. Pero el ejemplo de Rosa Parks, conocido por el pastor Martin Luther King, cundió de tal manera –«más vale un ejemplo que cien sermones»– que en muy poco tiempo el boicot al uso de los autobuses que practicaban la segregación tuvo como consecuencia la gran marcha en el National Mall de Washington, en la que cerca de Martin Luther King proclamando «Yo tengo un sueño» estaba Rosa Parks, la costurera que con un gesto había iniciado el proceso que haría posible, en muy pocos meses, la Ley Federal Antisegregacionista.

Los valores encarnados por las personas sobre las que escribo en los tres volúmenes en que se ha proyectado esta publicación se han ido añadiendo a los que representan distintos símbolos constantes de mi brújula, que me han acompañado desde mi juventud: «La medida de amar es amar sin medida» (san Agustín), que figura en una pequeña cerámica adquirida en Roma en el año 1956; un cartel de la película *The Kid*, en el que Charles Chaplin atiende con su mirada hacia donde le señala un niño; una imagen con dos aves en pleno vuelo, en donde se lee: «Pueden, porque creen que pueden» (Virgilio), y la fotografía de la estatua de D. Miguel de Unamuno en Salamanca, referencia permanente de que la libertad, el don supremo, se halla al filo justo de las certezas y las incertidumbres...

En este volumen deseo muy especialmente dejar constancia de que la solución está en la palabra, y de que la transición histórica de la fuerza a la palabra ya se avecina, porque por primera vez tenemos conciencia global, sabemos –gracias en buena medida a la tecnología digital– lo que acontece en todo el mundo, y podemos expresarnos libremente. Recuerdo cuando en la escuela, aprendiendo latín, repetíamos la terrible frase que el poder masculino absoluto ha puesto en práctica desde el origen de los tiempos: *Si vis pacem, para bellum*, es decir, «Si quieres la paz, prepara la guerra». Y así, desde siempre, se ha preparado la guerra, y la paz no ha sido más que un intermedio y preludio de una nueva contienda.

Sí, ahora por primera vez es posible que *si vis pacem, para bellum* se transforme en *si vis pacem, para verbum*, la transición de la fuerza a la palabra, de la mano alzada a la mano tendida, de la guerra a la «paz viva»... Ya es posible hacer realidad mañana muchos imposibles hoy. El porvenir está por hacer. El pasado ya está escrito, y debe describirse fidedignamente. Pero lo más apremiante es transmitir a todos los seres humanos el convencimiento de que nada es inexorable, de que cada ser humano único, capaz de crear, reafirma las posibilidades, a escala personal y colectiva, de dar al mundo en su conjunto y a *cada* ser humano en particular la grandeza que le corresponde. Cada ser humano, incardinado en temporales y putrescibles estructuras biológicas, capaz de recorrer sin límites el espacio infinito del espíritu.

En esta nueva era que debemos alumbrar ya no serán unos cuantos hombres los que ostenten el poder, sino, progresivamente, «nosotros, los pueblos...». No unos cuantos hombres, sino la gente, los hombres y las mujeres. Y así, además de saber lo que sucede y de poder expresarse, tendrá lugar el cambio más relevante que estamos viviendo: la mujer, siempre marginada, aparece en el estrado y actúa en virtud de sus facultades inherentes y no –como *lógicamente* había sido el caso hasta entonces– «mimetizándose» con el poder masculino. Su papel será, como me decía el presidente Nelson Mandela en Pretoria en 1996, «la piedra angular de la nueva era, porque la mujer solo excepcionalmente utiliza la fuerza, y el hombre solo excepcionalmente no la utiliza».

Nos hallamos, en consecuencia, en un momento de especialísimo interés y esperanza, pero, al mismo tiempo, aturridos por un poder mediático que convierte en espectadores a la mayoría de los seres humanos y constituye una colosal «arma de *distracción* masiva», según feliz expresión de Soledad Gallego.

Sí, los poderosísimos «mercados» no quieren que, ahora que por fin podrían, la mayor parte de los habitantes del planeta tomen en sus manos las riendas del destino común. Pero conscientes de hallarnos ante procesos potencialmente irreversibles, como los que tienen que ver con el medio ambiente y la extrema pobreza, sería imperdonable no actuar a tiempo y dejar a las generaciones venideras como legado un planeta desvencijado, unas condiciones en las que el misterio insondable de la existencia humana no pueda vivirse dignamente. La vida digna es el preámbulo, la premisa de todos los derechos humanos.

La vida digna es el preámbulo, la premisa de todos los derechos humanos

Deber de palabra. Tenemos el conocimiento. Nos falta la sabiduría y el coraje para aplicarlo. El fanatismo es el enemigo común. Es imprescindible tener permanentemente la conciencia de que nos corresponde a cada uno la reflexión serena, la ponderación, actuando siempre en virtud de las propias reflexiones y nunca al dictado de nada o de nadie. Hoy ya sabemos y no tenemos excusas. No podemos decir: «No estaba al tanto de esto». Si no somos actores, devenimos cómplices de un pecado de lesa solidaridad. Es preciso tener bien presente que al final del primer artículo de la Declaración Universal de los Derechos Humanos se dice que «todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse *fraternalmente* los unos con los otros».

Deber de palabra. He vivido intensamente. He visto muchas cosas en muchos lugares del mundo. No puedo callar. No debo callar. Como Garcilaso. Como Pedro Salinas, «la voz debida».

Sí, desde el origen de los tiempos, invisibles, obedientes, silenciosos. De vez en cuando, en medio de incontables seres humanos que pasaban inadvertidos, un destello de creatividad surgía de las tinieblas...

He vivido intensamente. He visto muchas cosas en muchos lugares del mundo. No puedo callar. No debo callar

En general, la humanidad se mantenía sumisa y los esporádicos movimientos de liberación eran rápidamente reducidos y controlados. A pesar de que, al final de la Segunda Guerra Mundial, en 1945, el presidente Roosevelt dio la iniciativa y la palabra a los «pueblos» –así se inicia la *Carta* de las Naciones Unidas–, pronto las ambiciones hegemónicas del Partido Republicano de los Estados Unidos desbarataron los proyectos de emancipación ciudadana, al igual que había sucedido con la Sociedad de Naciones, que con tanta ilusión –¡fugaz!– había puesto en marcha el presidente Woodrow Wilson al final de la Primera Guerra Mundial, en 1919...

Estamos entrando, en los albores de siglo y de milenio –aunque «los mercados» se muestren reacios a reconocerlo–, en nuevos tiempos en los que, ahora sí, el poder ciudadano, tan inmenso como independiente, tendrá en sus manos las riendas del destino común. Cada ser humano único capaz de crear, nuestra esperanza. Ha llegado el momento de que cada cual ocupe el lugar protagonista que le corresponde. De figurar por fin en el escenario, hombres y mujeres en plena igualdad y en paz, para modificar de forma radical estructuras y papeles que secularmente desempeñaban quienes detentaban el poder. Han sido siglos de predominio del músculo sobre la mente, de la imposición sobre el diálogo. Hasta los principios universales que guiaban el comportamiento de la gente brillando –cuando más oscura era la noche– en su firmamento de ideas, ideales e ideologías habían sido arrumbados y sustituidos por los avatares mercantiles y militares. Y así andamos sin brújula ni camino.

¿Podemos todavía reconducir las presentes tendencias? La respuesta es positiva... si, conscientes de la situación en que nos hallamos, resolvemos que nuestro comportamiento cotidiano a partir de ahora tendrá en cuenta a la humanidad en su conjunto, y que actuare-

Cada ser humano único capaz de crear, nuestra esperanza. Ha llegado el momento de que cada cual ocupe el lugar protagonista que le corresponde

mos –como establece la Constitución de la UNESCO para los educados– «libre y responsablemente».

Son necesarios e inaplazables grandes clamores. El tiempo del silencio ha concluido.

Vivir intensamente cada instante del misterio de la vida, este hecho inverosímil, sabiendo que cada cual puede inventar su futuro, que conocemos el lenguaje de la vida y podemos prever con exactitud la conducta de todos los seres vivos... con la excepción de los humanos. Y, por ello, podemos sonreír y ser fuertes y esperanzados.

Estos cambios imprescindibles «de rumbo y nave», como advirtió José Luis Sampedro, pueden inspirarse en los ejemplos de las personas que refiero en este volumen y en los resúmenes que también incluyo como relatos breves, pero aleccionadores. Pienso en particular en los jóvenes, en quienes llegan a un paso de nosotros, en quienes llegarán más tarde, por lo que constituiría un error histórico imperdonable, por nuestra desidia e irresponsabilidad, que hallaran la Tierra irreversiblemente deteriorada y la calidad de vida –vida que debe ser «digna» para todos sin excepción– disminuida.

Por todo ello escribo y describo los «encuentros» que influyeron especialmente en mi trayectoria, y algunos acontecimientos que considero de especial interés. Pero quiero dejar constancia –como ya he indicado al principio– de que quienes han jugado y juegan un papel más relevante son, lógicamente, «los míos»: mis padres, mi mujer, mis hijos y nietos y familiares, mis formidables maestras y maestros, mis colaboradores, mis amigas y amigos, cuya incidencia en determinados momentos de mi ya largo recorrido ha sido determinante. Por ello incluyo en este volumen un «preámbulo» que resume la trayectoria vital en cuyo marco han tenido lugar esos encuentros y vivencias.

Deseo vivamente, como indica con extraordinaria lucidez Marcos Ana en sus *Poemas de la prisión y de la vida*, «que estos recuerdos puedan ser compartidos por mis contemporáneos y abran a la vez un camino de lumbre y rebeldía en el corazón y el pensamiento de las nuevas generaciones, en cuyos surcos hemos sembrado nuestra historia».

Hay que extraer sin cesar las enseñanzas de quienes, en medio de una gran confusión conceptual, en medio de grandes turbulencias

estructurales y de toda índole, han sido capaces de demostrar –como Obama acaba de hacer en los Estados Unidos– que la existencia de unos principios y de unos valores es la única manera de, a través de un multilateralismo democrático, realizar la gran transición de la fuerza a la palabra, a la esperanza sin límites. Estos personajes y relatos me han ayudado en mi camino. Quisiera que inspiraran y ayudaran también a mi familia, mis allegados... que son todos los seres humanos de la Tierra. Que todos unan sus voces.

Quiero terminar esta introducción con unos versos del obispo Pedro Casaldáliga:

Al final del camino me dirán:
«¿Has vivido? ¿Has amado?».
Y yo, sin decir nada,
abriré el corazón lleno de nombres.

PREÁMBULO PERSONAL

Nací en Barcelona el 27 de enero de 1934. Mis padres no habían podido realizar estudios de segunda enseñanza, pero poseían unas virtudes y una inteligencia natural extraordinarias, que marcaron mi vida. Mi padre llegó a Barcelona desde Tortosa, en las tierras del Ebro, cuando tenía 17 años. Era sobrino de un gran personaje, Marcelino Domingo, maestro, radical socialista nombrado en abril de 1931 el primer ministro de Instrucción Pública de la Segunda República española. Fue D. Pascual Mira, abuelo de Pascual Maragall Mira, que ha sido alcalde de Barcelona y presidente de la Generalidad de Cataluña, quien dio a mi padre su primer empleo en unas zapaterías de su propiedad, «Calzados Royalty». Mi padre había estudiado contabilidad de noche, cuando podía, utilizando un libro de Gual Villalbí. También trabajaba en el «Casal del Metge» como vendedor de los artículos sanitarios correspondientes. Con el hermano pequeño de Marcelino Domingo, Pedro, impulsó posteriormente un laboratorio para la producción de vacunas, implicando a un grupo de médicos –recuerdo a los doctores Sunyer Pi y Vidal Munné– y farmacéuticos, tales como el Dr. Pouplana. Este laboratorio (Laboratorio Experimental de Terapéutica Inmunógena, LETI) se unió a otro laboratorio catalán dedicado sobre todo a la química de opiáceos, Uquifa, con el fin de ¡fabricar penicilina... en 1947! Así fue: en Barcelona, en Horta, en lo que era en realidad una gran estufa, se inicia la producción en España de penicilina mediante cultivos de *penicillium* sobre gel en frascos Roux.

He descrito con cierto detalle cuanto antecede, porque considero que es fundamental la influencia en mi trayectoria ulterior de un padre enormemente exigente, trabajador, perseverante al máximo, y una madre que supo realizar la transición de una familia muy modesta a una de situación económica desahogada, con una inmensa solidaridad humana. Nunca olvidaré cuando me decía, rondando yo los 16 años, que «si quieres ser feliz, no debes aceptar nunca lo que juzgues inaceptable». Y, lo he repetido muchas veces, me recomendaba que, siendo la vida algo tan misterioso, debía aprovecharse al

máximo: «Descansa lo justo y duerme lo indispensable». Y terminaba con un conocido refrán catalán: *Ja descansarem cuan ens morirem*.

**Si quieres ser feliz, no debes
aceptar nunca lo que
juzgues inaceptable**

La fábrica de penicilina LETI-Uquifa pasó a incorporarse, lógicamente, aunque como socio minoritario, al consorcio constituido por grandes laboratorios españoles (Abelló, Llorente, Ibys, Zeltia)

que concurrían a una convocatoria para dos fábricas de producción de antibióticos en España. Mi padre fue designado «presentador» del proyecto en nombre de Antibióticos S.A., resultando, junto a Merck, uno de los vencedores. Esto constituyó para nosotros un cambio radical: desde la humilde vida en Barcelona hasta Madrid, siendo mi padre director general de una importante compañía de antibióticos. Y empezando yo la carrera de Farmacia.

Insisto en dejar constancia de la influencia decisiva que han tenido en mi vida los excelentes profesores del colegio Blanquerna, convertido en «Virtelia» en el año 1939, ya que el catalán fue radicalmente prohibido en todas sus expresiones y ámbitos. No puedo citarlos a todos, pero sí quiero decir que, incluso desde el punto de vista de mi posterior formación como bioquímico, fue para mí muy importante el estudio de la filosofía, orientado por el profesor Francesc Gomá. En efecto, conocer el pensamiento de Heráclito o de Leibniz es absolutamente imprescindible para «pensar» en bioquímica. Y los profesores Vicenç Vives y Bagué en historia, y Ramón Fuster en latín, y Joan Triadú en griego... Todos ellos maestros en humanidad, en libertad, en responsabilidad... que en esto consiste la educación. Algunos, incluido el excelente *mosén* D. Pere Llumá Viladrich –*porta patet, sed cor magis*–, guardaban un especialísimo recuerdo de la figura de mi tío abuelo Marcelino Domingo, que había sabido considerar la educación como camino personal de emancipación, de conciencia solidaria... Compañeros de aquellos años –1939 a 1949– lo fueron entonces y durante toda la vida Raimundo Kirchner, José María Sen, Alfons Carner, Joan Vila Grau...

En la Facultad de Farmacia de Madrid tuve excelentes profesores, y también compañeros inolvidables: Francisco y Feli Ferrándiz, Juan Manuel Reol Tejada, Amparo Lora, José Antonio Matji, Juan Mir...

y María de los Ángeles Menéndez González, que se convirtió en mi mujer al cabo de unos años; brillantísima estudiante que llegó de Oviedo con cinco matrículas de honor y a la que tuve que pedir un poco de «calma» para poder «acercarme» a sus calificaciones fuera de serie.

D. Ángel Santos Ruiz, profesor de Bioquímica, representó para mí un punto de referencia muy importante en mi formación científica y humana, y, lo digo con profundísima gratitud, en muchas de las balizas de mi trayectoria quedaron grabadas sus iniciales. Había sido profesor adjunto de D. José Giral, profesor de Química orgánica que había introducido ya la «química biológica» en el doctorado. Es bien conocido el papel que D. José Giral jugó, brevemente, como primer ministro del Gobierno republicano. Al terminar la carrera en el año 1956, D. Ángel Santos me propuso estudiar temas relacionados con los procesos de descarboxilación en el organismo. Nada menos que D. Severo Ochoa trabajaba en aquel momento en descarboxilasas, y D. Ángel le escribió –era el año 1956, y el Premio Nobel se lo dieron en el año 1959– pidiéndole consejo sobre la investigación en el ácido tartrónico. Habían pasado muy pocos días cuando D. Severo Ochoa –¡así era D. Severo!– contestó a su colega español sugiriendo que trabajara en la descarboxilación del ácido glutámico, dado el importantísimo papel que juega en el metabolismo del cerebro el ácido gamma-aminobutírico, producto de esa descarboxilación.

Cuando se iniciaba mi formación bioquímica llega a España, después de haber trabajado con el matrimonio Gerta y Carl Cori, ambos Premios Nobel, el Prof. Alberto Sols. Representaba la bioquímica dinámica, el papel central de las moléculas enzimáticas, capaces de transformar unos productos en otros, mediante el estudio de sus características, activadores, inhibidores, etc. Con él me inicié en el estudio de la fisiopatología humana, y en particular en todo lo relacionado con la bioquímica perinatal.

Al terminar los estudios de la licenciatura en Farmacia inicié los de doctorado... y, lo más importante, sin duda, contraí matrimonio con Cheles, quien, además de haber sacado algunas matrículas de honor más que yo, aparecía –y así ha sido gracias a su extraordinaria inteligencia y paciencia– como impulso seguro de nuestra, a partir de entonces, trayectoria común.

En 1958 presenté la tesis doctoral sobre *Descarboxilación del ácido glutámico* e inicié la preparación de las oposiciones a cátedra de Bioquímica, que en aquel entonces se limitaba a las cuatro universidades –Madrid, Barcelona, Santiago de Compostela y Granada– en las que había Facultad de Farmacia. En el verano de 1959, trabajando en el laboratorio de Fernande Chategner, en París, tuve la oportunidad –muy importante en mi formación bioquímica y humana– de conocer al Prof. Hans A. Krebs, Premio Nobel de Medicina 1953, que había tenido que huir de Alemania al Reino Unido en 1933 y que era en aquel momento director del Departamento de Bioquímica de Oxford.

En 1960 intervine muy directamente en la creación de la Sociedad Española de Bioquímica, complejo proceso en el que fueron de particular interés, además de las intervenciones de los profesores Santos Ruiz y Alberto Sols, las de D. Carlos Jiménez Díaz, Santiago Grisolia, Juan Oro...

En 1961 realicé mi primer viaje a Moscú, en la Unión Soviética, con los doctores Santos Ruiz, Alberto Sols y Francisco Pons Piedrafit. Fue el primer contacto con aquel mundo inmenso de silencio... cuando no podía prever que, al cabo de unos años, tendría ocasión de participar en múltiples actividades que conducirían a derribar el muro que dividía no solo Alemania, sino el mundo, y que el presidente Krushev decidió construir, precisamente, a primeros de agosto del año 1961.

Por cierto, en aquellos tiempos, con motivo de otro «viaje bioquímico» a Montpellier, leí en una pequeña capilla una frase que ha permanecido imborrable en mi mente: *Les linceuls n'ont pas de poches* («Las mortajas no tienen bolsillos»).

En junio de 1963 obtuve la cátedra de Bioquímica Estática y Dinámica en la Facultad de Farmacia de la Universidad de Granada. La lección inaugural tuvo lugar el 9 de octubre. Fueron unos primeros años de gran precariedad en cuanto a material e instalaciones, pero muy ricos en lo que concierne a nuevos colaboradores –Magdalena Ugarte, Fermín Sánchez de Medina, Eduardo García Peregrín, Alberto Machado, José María Medina, Fernando Valdivieso, Ignacio Núñez de Castro...– que se fueron integrando sucesivamente en los trabajos del departamento.

Vivíamos en un quinto piso de la calle Arabial, en el límite justo de la ciudad y la vega de Granada, en donde conocí, justo al llegar, al nuevo profesor de Derecho Internacional Público y Privado, Juan Antonio Carrillo Salcedo, casado con Matilde Donaire... que tanto influyeron como «hermamigos» –en acepción de Pilar Paz Pasamar– en nuestras vidas.

En 1965 viajé acompañando al Prof. Santos Ruiz a distintos países de América Latina, visitando el laboratorio del Prof. Luis F. Leloir, en el Departamento de Bioquímica de Buenos Aires, donde figuraba la frase del Prof. Bernardo Houssay, Premio Nobel, que luego he repetido con frecuencia: «No hay ciencias aplicadas si no hay ciencia que aplicar». Después de Argentina, Chile, Perú, Puerto Rico... al lado de mi maestro. En este largo periplo saqué la conclusión de la enorme importancia que podía tener un gran desarrollo de la investigación biomédica en España conjuntamente con América Latina.

El curso 1966-67 disfruté de un año sabático en Oxford, trabajando en el laboratorio del Prof. Hans Krebs. ¡Qué personaje! Durante este tiempo no solo aprendí a utilizar nuevos instrumentos, sino, sobre todo, a enfocar adecuadamente las investigaciones... «¡Investigar es ver lo que otros también pueden ver y pensar lo que nadie ha pensado!». La aproximación científica, en efecto, depende de «una mirada distinta», de hallar nuevos caminos, de ver cómo se puede descubrir lo que está oculto.

«Atrévete a saber» (*sapere aude*), como rezaba la frase del emblema del condado de Oxford... pero, también y sobre todo, saber atreverse, porque el riesgo sin conocimiento es peligroso, pero el conocimiento sin riesgo es inútil.

**Investigar es ver lo que
otros también pueden ver y
pensar lo que nadie ha
pensado**

En el mes de marzo de 1967 organicé en Granada el séptimo Congreso de la Sociedad Española de Bioquímica, una de las ocasiones de mayor «concentración» de ilustres bioquímicos de todo el mundo: además de D. Severo Ochoa, los Premios Nobel Carl Cori, Luis F. Leloir, Hans Krebs, Fedor Lynen...

Fue en esta época cuando decidí llevar a la práctica el diagnóstico precoz de alteraciones metabólicas que la madre «suple» durante la

gestación, pero que, adquirida la vida autónoma, producen gravísimas lesiones neuronales irreversibles si no se aplican a tiempo los tratamientos adecuados. Logré convencer al director general de Sanidad de que las enfermedades «raras» lo son únicamente para los que no las tienen... pero que, para quienes las padecen, representan el 100 %. En efecto, los porcentajes tienen en medicina un valor exclusivamente epidemiológico, ya que *cada vida* representa la totalidad, el 100 %, para quien sufre una alteración patológica, especialmente cuando se trata de una afección sin retorno. Fue entonces cuando empecé a escribir mi primer ensayo, *Mañana siempre es tarde*.

Se desarrolló adecuadamente el entonces denominado «Plan Nacional de Prevención de la Subnormalidad», cuyo Patronato presidió la princesa Doña Sofía... y que luego pasó a ser responsabilidad de las Comunidades Autónomas. La magnífica tarea desde entonces de la Prof. Magdalena Ugarte permitió crear un gran banco de datos y un centro de estudios de «enfermedades infrecuentes», que representa hoy, en el CEDEM (Centro de Detección de Enfermedades Moleculares), en la UAM, una institución de referencia de investigación y consulta pediátrica neonatológica.

La prevención es la gran victoria. Pero es muy difícil convencer a la gente y a las autoridades, porque los resultados «no se ven». Nadie «ha visto» enfermos a los niños que gracias al Plan Nacional de Prevención son personas totalmente normales. Por eso es tan importante que todos, y muy especialmente los medios de comunicación, sean capaces de subrayar la importancia de la prevención... aunque sea invisible. Haber puesto en marcha la detección y tratamiento de estas graves enfermedades es, seguramente, una de las actividades que me producen, en estas etapas crepusculares, mayor satisfacción.

En el mes de junio de 1968 fui nombrado, por haber figurado en una terna en la que acepté ser incluido a última hora, reticentemente, rector de la Universidad de Granada. De forma totalmente inesperada, este nombramiento alteró enormemente la «hoja de ruta» que tenía entonces, pero no cabe duda de que favoreció igualmente los campos de acción en que, por este desempeño, pude intervenir.

Como era lógico, mi designación –catalán, sobrino-nieto de Marcelino Domingo, independiente...– no satisfizo a algunos granadi-

nos. No voy a referir ahora los distintos aspectos que en determinadas ocasiones hicieron muy difícil, en el contexto en el que se desarrollaban, mi actuación como rector de la universidad. Sin embargo, quiero destacar la visita del príncipe de España a Granada, en la que, frente a acusaciones que se me hicieron por los comentarios discrepantes con quienes repetían el «fervor monárquico de Granada», la reacción de D. Juan Carlos fue clara y precisa: «Ya sé quién es usted. Me han contado muchas cosas. Pero es de las pocas personas que me han dicho la verdad, y la Princesa y yo queremos expresarle nuestro reconocimiento». A partir de aquel momento tuvimos varios encuentros, algunos de los cuales pudieron favorecer la transición que se avecinaba.

En el ejercicio de la función de rector tuve un gran «facilitador»: el ministro José Luis Villar Palasí, que permitía una gran autonomía a mis iniciativas y que, además, impulsó la construcción de muchos centros universitarios y la incorporación a la universidad de espacios y edificios (Facultad de Ciencias, comedores universitarios, Hospital Real, adquisición de la colina de Cartuja, restauración de La Madraza...). Durante su período se crearon la UNED y las Universidades Autónomas, y se aprobaron la Ley General de Educación y el acceso de los mayores de 25 años a la universidad.

En el año 1969 participé en el gran congreso de la FEBS (Federación Europea de Sociedades de Bioquímica) que se organizó en España y que algunos científicos, como los franceses Wolf y Monod, intentaron boicotear argumentando que no podía celebrarse en el contexto de una dictadura. Una vez más hay quienes confunden temas políticos, con frecuencia impuestos, con la comunidad científica y con la sociedad civil en general. Debo destacar la ayuda inmensa que representó contar con la intermediación de D. Severo Ochoa, el Prof. Krebs y otros, que intervinieron personalmente y manifestaron que ellos sí acudirían a lo que resultó una gran manifestación bioquímica de la época.

En 1972 no me presenté a la reelección como rector e inicié mis actividades en la cátedra de Bioquímica de la Universidad Autónoma de Madrid (UAM). En aquel momento, la UAM se caracterizaba por una gran autonomía, incluso administrativa, y representó, sin duda,

junto a las otras Universidades Autónomas, un extraordinario punto de inflexión en la vida universitaria española.

Con D. Severo Ochoa, Carlos Asensio y Alberto Sols, especialmente, se continuó el diseño del Centro de Biología Molecular «Severo Ochoa», en la UAM, que desde el primer momento contó con todo el respaldo, incluido el financiero, del ministro Villar Palasí. Se hicieron los planes y, sobre todo, se proyectó como Centro Mixto Universitario - CSIC a título experimental, ya que a la sazón no existían las pautas legales propias de la articulación científica de las grandes entidades españolas relacionadas con el conocimiento.

Todo iba bien hasta que, a mediados del año 1973, cesa el ministro Villar Palasí y es designado ministro el Prof. Julio Rodríguez Martínez. Desde hacía unos meses yo era presidente en funciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. En aquella época, los ministros eran, por definición, presidentes del CSIC y nombraban como presidentes de hecho a algún vicepresidente. El nuevo ministro, recién nombrado, me dio una hora para abandonar mi despacho por «rojo».

En el Departamento de Bioquímica me di cuenta, el mismo día, de que también había cambiado la relación del ministerio con el Centro de Biología Molecular «Severo Ochoa». Por este motivo, muy rápidamente, iniciamos la «reconversión» del gran proyecto de un nuevo centro en otro que se albergaría, al menos inicialmente, en los espacios disponibles en la Facultad de Ciencias de la Universidad Autónoma. Por el CSIC se incorporaron tres investigadores de gran prestigio: David Vázquez, Eladio Viñuela y Antonio García Bellido.

A los pocos meses, en enero de 1974, se produce, como consecuencia del asesinato del presidente del Gobierno, almirante Carrero Blanco, por ETA, un cambio de gobierno que, en pleno tardofranquismo, tiene ya visos de fin de época. El nuevo ministro de Educación y Ciencia, D. Cruz Martínez Esteruelas, que había sido un excelente secretario general de la Fundación Juan March y persona de una gran cultura, me llamó pidiéndome que aceptara ser subsecretario del ministerio. Me negué, arguyendo lo que había sucedido en el CSIC y manifestando el deseo de no participar nuevamente, aunque fuera en materias estrictamente académicas, en el Gobierno de enton-

ces. Sin embargo, una llamada del príncipe aduciendo la necesidad de «arrimar el hombro» en aquellos momentos me hizo cambiar de idea y aceptar el nombramiento. Durante los dos años que fui subsecretario tuve también problemas políticos, a veces graves, pero resueltos siempre de manera inmediata y eficaz, quiero decirlo bien claro, por intervenciones del ministro Martínez Esteruelas.

En el desempeño de aquel cargo tuve ocasión de fortalecer muchos centros universitarios, crear nuevas modalidades de estudios en la universidad e incluso de nombrar, haciendo uso de la autonomía universitaria, a algunos catedráticos que lo merecían muchísimo y a los que no se les podía pedir que pasaran por los complejos cauces tradicionales. Así tuve la satisfacción de designar, entre otros, al Prof. Alberto Sols y al Prof. Nicolás Cabrera catedráticos de Bioquímica y Física, respectivamente, de la UAM.

Siendo subsecretario recibí un día, a instancias de mi excelente secretaria, María Antonia Centeno, al empresario D. Ramón Areces, quien venía a poner en marcha una Fundación que llevaba su nombre con el fin de «devolver a la sociedad lo que de la sociedad había recibido». Tuve una breve conversación con él y quedé realmente fascinado por la personalidad de aquel asturiano que, partiendo de una pequeña sastrería llamada «El Corte Inglés», había hecho nacer un gran imperio empresarial. Porque tenía visión, porque sabía delegar de una manera absolutamente excepcional y porque conocía a la gente. Y escuchaba.

Cuando, al cabo de algún tiempo, me ofreció amablemente que presidiera el Consejo Científico de la Fundación, le dije que no, que creía que había otro asturiano, de su misma edad, que le daría mucho más brillo a la Fundación y estaría a la altura de lo que D. Ramón Areces merecía. Me refería, claro está, a D. Severo Ochoa. No se conocían y fui yo quien tuvo la inmensa satisfacción de asistir a su entrevista –¡qué personajes!–, celebrada en las primeras instalaciones de la Fundación en el Paseo de la Castellana.

Desde entonces y hasta ahora he podido, a través de la Fundación, bajo la dirección excelente de D. Isidoro Álvarez, sucesor de D. Ramón, y con la muy importante cercanía y colaboración, desde hace muchos años, del Prof. Julio Rodríguez Villanueva y otros ilus-

tres científicos, favorecer las iniciativas que complementan, a veces de manera insustituible, las grandes líneas trazadas a escala nacional por los distintos grupos de investigación.

Al llegar la «transición» yo era profesor de Bioquímica, impartía mis clases, dirigía trabajos de investigación científica y presidía la Comisión Asesora de Investigación Científica y Técnica. Esta institución, durante los últimos años, había incrementado notablemente la asignación de fondos para proyectos de I+D+i.

El nuevo Gobierno me solicitó en los primeros meses del año 1976 que presidiera la «Comisión para el estudio de un régimen especial para las cuatro provincias catalanas», cuya finalidad era conocer los puntos de vista de los más destacados políticos catalanes con el fin de ir llevando a cabo las adaptaciones que correspondían a la democracia.

En la transición, algunos españoles nos dejamos trozos considerables de nuestra «túnica», de nuestros recuerdos, de nuestra historia personal y familiar, de nuestras actividades, de nuestra vida, en fin, durante todos aquellos años... pero estaba claro que había llegado el momento de actuar con buen sentido y solidaridad, pensando exclusivamente en las generaciones venideras, en el futuro.

Me acuerdo muy bien del día en que me pidieron urgentemente que fuera a la Moncloa para presentar mi dimisión como presidente de la Comisión Asesora de Investigación Científica y Técnica. Pensé que, lógicamente, deseaban confiar el cargo a otra persona. Lo que no podía imaginar era que el presidente Adolfo Suárez quería ofrecerme –y por esta razón tenía prisa, ya que a las doce de la noche concluía el plazo de elegibilidad de los cargos de designación directa– ir como «primero de lista» de UCD por la provincia de Granada. Me quedé atónito. Le dije que me parecía insólito que un catalán –«en ejercicio»– fuera candidato a diputado por la provincia de Granada, y que era poco propenso a la disciplina de partido. «De todos los votos, señor presidente, hay uno que no puedo aceptar ni un solo segundo: el de la obediencia». En efecto, las dos palabras claves de la Constitución de la UNESCO para definir la educación –la libertad y la responsabilidad– estaban muy grabadas en mi quehacer cotidiano. El presidente adoptó rápidamente una serie de decisiones por las que

quedaba exonerado de cualquier dependencia de las instrucciones de UCD, y me facultaba para que, en Granada, incluyera en la lista electoral a quienes considerara oportuno, y sobre todo fijara el programa que estimara más apropiado. En resumen, me ofreció total independencia, unida a su cercanía y confianza.

Al cabo de unos meses, con resultados electorales favorables, era miembro del Congreso de los Diputados, y el presidente Suárez, en una reunión de todos los electos de UCD que tuvo lugar en el palacio de la Moncloa, manifestó su intención de designarme «el primer ministro de Educación de la democracia, al igual que su tío-abuelo Marcelino Domingo lo fue de la República». Es fácil comprender por qué, al cabo de unos días, insistía en que aceptara ser ministro de Sanidad, por mi condición de farmacéutico, porque eran numerosos los compañeros de UCD que pensaban que el ministerio de Educación estaría mejor en sus manos. Le dije al presidente que estaba muy contento con mis responsabilidades y no tenía la menor prisa en ser ministro de Educación. Pero Adolfo Suárez era así: al día siguiente apareció en el *Boletín Oficial del Estado* el nombramiento como «asesor del presidente del Gobierno».

Nunca olvidaré la primera sesión del nuevo Congreso de los Diputados, presidido, por razones de edad, nada menos que por Dolores Ibárruri, «La Pasionaria», y por el gran poeta Rafael Alberti. ¡Parecía un sueño! Y es cierto que la transición supuso, en muchos aspectos, inflexiones absolutamente imprevisibles hacía tan solo unos años. Me di cuenta de lo mucho que puede hacerse desde la representación popular en el Parlamento. De diputado constituyente estaba cuando, en nombre del director general de la UNESCO, señor Amadou-Mahtar M'Bow, vino a verme D. José Blat Gimeno para ofrecerme ser el director general adjunto de tan importante organización internacional.

La reacción muy positiva de Adolfo Suárez y, una vez más, la intervención del rey vencieron mis reticencias –estaba muy a gusto presidiendo la Comisión de Educación y Ciencia del Congreso de los Diputados–... Y así, en poco tiempo, tuve que desplazarme a París para el desempeño de las funciones de director general adjunto de la UNESCO. Puedo asegurar que en muy pocos «cargos» se ve más, se

contempla un panorama más general y directo de la humanidad. El reconocimiento por esta conciencia global que la UNESCO me ha proporcionado –y que se inició en 1978– es sincero y profundo.

En aquellos años conocí más directamente a Aurelio Peccei, el fundador del Club de Roma, que era una persona extraordinaria: vislumbraba siempre el mañana y procuraba iluminar sus caminos. Ya en 1970, con *Los límites del crecimiento*, el Club de Roma pasó a ser una de las instituciones con mayor influencia a escala mundial. Recuerdo el encuentro organizado en la sede de la UNESCO con el director general, Aurelio Peccei, André Danzin, Alexander King, Ricardo Díez Hochleitner, José Blat Gimeno... Al poco tiempo fuimos juntos a Colombia y, más tarde, ya de ministro, ayudé al Club de Roma en su gran proyecto «Foro Humano», dedicado a lo que era la gran preocupación, la gran implicación personal de Aurelio Peccei: la juventud.

También siendo director general adjunto presidí el «Premio Médico Europeo». En la votación final quedaron empatados a votos Jean Dausset y Rita Levi-Montalcini. Desempaté en favor de la descubridora del factor del crecimiento neuronal, convencido, como así fue, de que a Jean Dausset le darían muy pronto el Premio Nobel de Medicina. También se lo otorgaron a Rita Levi-Montalcini al cabo de unos años. Visitar con este motivo al presidente italiano, Sandro Pertini, me ofreció la oportunidad de conversar con uno de los líderes más fascinantes de nuestro tiempo.

El 12 de enero de 1981 publiqué *Contribuciones a las bases moleculares del retraso mental*, resumen de las principales aportaciones a tan importante tema realizadas hasta la fecha. Lo presenté en la Academia Pontificia, bajo la presidencia del Prof. Carlos Chagas, en sesión del mes de noviembre, en presencia del papa Juan Pablo II.

En el mes de septiembre del año 1981, cumplidas las funciones que proyectaba realizar en la UNESCO, regresé «a mi bata blanca», al Departamento de Biología Molecular de la Universidad Autónoma de Madrid y al Centro de Biología Molecular. De aquella época quiero destacar la importancia que tuvo conocer al Prof. Ilya Prigogine, Premio Nobel de Química, que sabía y transmitía que –como sucede en los procesos químicos– los cambios se originan con gran «tensión humana»; no en las aguas quietas, sino en las agitadas.

Entre tanto, en España se había producido, el día 23 de febrero del año 1981, un golpe de Estado que pudo tener consecuencias dramáticas. En efecto, algunos nostálgicos habían acordado un Gobierno de concentración nacional alrededor de un conocido general, de tal modo que España volviera a tener al frente del Gobierno a un militar en lugar de a un civil. El nuevo presidente, Leopoldo Calvo Sotelo, me ofreció, a finales de 1981, la cartera del ministerio de Educación y Ciencia en un momento especialmente relevante, cuando tenía lugar la «sedimentación política española» después de la transición, con una transformación profunda y amplia que consolidaba una monarquía parlamentaria. En aquel momento existió la altura de miras suficiente para considerar que no se trataba de una alternativa republicana a la monarquía, sino de una alternativa democrática a la dictadura.

Por la experiencia adquirida sabía que tenía que actuar con rapidez y, siempre que fuera posible, no anunciar demasiado lo que pretendía realizar. De esta manera pudieron llevarse a cabo con celeridad algunas acciones de particular interés en relación con los profesores de Educación General Básica y de Segunda Enseñanza. Antes de trasladar la responsabilidad del ministerio al nuevo Gobierno socialista logré ampliar la dotación presupuestaria para las universidades en una cantidad de especial relevancia.

Y vuelta al «nido», al Departamento de la UAM, al Centro de Biología Molecular. La presidencia del Instituto de Ciencias del Hombre me proporcionó la oportunidad de iniciar o intensificar relaciones con grandes intelectuales: Juan Rof Carballo, Julián Marías, Pedro Laín Entralgo... El magisterio, ejemplo y valentía de D. Pedro fueron fuente de permanente aprendizaje, y tuvo no solo la amabilidad de escribir el prólogo a mi primer libro de ensayo, *Mañana siempre es tarde*, sino que me animó a publicar mi primera recopilación de poemas, *A contraviento*, en 1984. También recuerdo con gran emoción las entrevistas con Xavier Zubiri, en cuya biblioteca conocí al P. Ellacuría –asesinado poco tiempo después en El Salvador–, y las notas que yo tomaba después de las cenas que, periódicamente, celebrábamos él y su mujer María, Pedro Laín y Milagros, Cheles y yo. Al llegar a casa llenaba cuartillas...

En el año 1986 la vida me deparó una «gran oportunidad inesperada»: conocer y seguir de cerca «al hombre que cambió el mundo», Mikhail Sergeyevich Gorbachev. Recibí un día la llamada de Augusto Forti indicándome que había hablado con mi amigo moscovita Rustem Khairov para transmitirme la invitación de un notorio disidente, el escritor de *El día que duró más de un siglo*, Chinguiz Aitmatov. Con la llegada de Gorbachev quedó autorizado no solo para publicar lo que quisiera, sino que, además, el entonces presidente del Partido Comunista de la Unión Soviética le solicitó que mantuviera una reunión con un grupo de intelectuales de todo el mundo, en su patria, Kirguistán, en los montes helados de Issyk-Kul. A esto se refería la invitación. Asistí en mi calidad de científico, acompañado, entre otros, por Alexander King, presidente del Club de Roma, el renombrado dramaturgo norteamericano Arthur Miller, el Premio Nobel de Literatura francés Paul Simon, el futurólogo Alvin Toffler, el conocido actor Peter Ustinov... hasta una docena en total.

Tengo bien conservadas las múltiples notas que tomé aquella semana de gran inspiración en «el despertar democrático» de la Unión Soviética, de las intervenciones, todas ellas con el efecto de «sorpresa» de grandes e imprevisibles acontecimientos... y, sobre todo, el final, cuando se produce la «entrega de las conclusiones» que, en mi calidad de presidente del Foro de Issyk-Kul, tenía que hacer llegar al Comité Central del Partido Comunista. A las once en punto, el propio Gorbachev abre la puerta y los miembros del Foro son invitados a tomar asiento, ya que, según nos comunica rápidamente el presidente Gorbachev, «tiene muchas cosas que decirnos»: «Tienen que ayudarme a efectuar cambios radicales». Allí empezó lo que durante cinco años fueron influyentes reuniones del Foro de Issyk-Kul, una de ellas en Granada en 1988, en la que admiramos todos la «magia» de Gorbachev utilizando los medios de comunicación y, sobre todo, la televisión. Preparó magistralmente el desmoronamiento, sin una gota de sangre, del Imperio soviético, transformándolo en una Comunidad de Estados Independientes, simbolizado en la caída del muro de Berlín en noviembre de 1989. Fueron ocasiones de gran aprendizaje humano, para comprender cómo pueden transformarse imposibles hoy en felices realidades mañana. Hoy todavía, la amis-

tad y cercanía del presidente Gorbachev son para mí fuente de gran inspiración.

El 7 de octubre del año 1986, el ICSU (International Council of Scientific Unions) me invita a dar una conferencia en el Schloss Rinberg, cerca de Múnich, sobre política científica y grandes objetivos sociales. Asisten a esta reunión, entre otras distinguidas personalidades, Sir John Kendrew, Premio Nobel de Química, y la embajadora de Francia, especializada en la ley del mar, Marie-Annick Martin-Sané. No podía imaginar entonces que la influencia de la embajadora Martin-Sané sería de especial relieve para promocionar mi candidatura a la dirección general de la UNESCO después del insospechado «fracaso» de la candidatura del gran paquistaní Abdus Salam, Premio Nobel de Física (fue el ministro de Asuntos Exteriores de su país el que se «autodesginó»).

Los imposibles hoy pueden transformarse en felices realidades mañana

También en aquella época tuve ocasión de dar una conferencia en San Diego, California, a petición de Jack Fobes, antiguo director general adjunto de la UNESCO, y otros distinguidos norteamericanos relacionados con la organización, sobre el futuro de la misma («¿Reformas de la UNESCO?»). Me acuerdo en particular de Roger Revelle, que, junto con el Prof. Swaminathan, todavía activo nonagenario en el Centro de Ciencias de la Alimentación de Madrás, llevó a cabo el gran proyecto de la «Revolución verde» en la India...

Después de un proceso que tuvo gran interés, especialmente por imprevisible, el día 7 de noviembre del año 1987, la Conferencia General de la UNESCO ratificaba por práctica unanimidad la propuesta del Consejo Ejecutivo para mi nombramiento como director general. El día 16, fecha tradicional de toma de posesión, me hacía cargo de esta gran organización intelectual del Sistema de las Naciones Unidas. Se iniciaba para mí, no cabe duda, un período de singular trascendencia, sobre todo humana, para la defensa de los «principios democráticos» que establece la Constitución de la UNESCO de forma tan lúcida; para recordar a todo el mundo que la educación consiste en «ser libre y responsable», actuando en virtud de las propias reflexiones; para garantizar en todas partes la «libre circulación de las ideas por la palabra y por la imagen»... Pero, sobre todo, para «erigir en la

mente de los hombres los baluartes de la paz», para evitar el horror de la guerra a las «generaciones venideras», según establece en su primera frase la *Carta* de las Naciones Unidas.

El período de 1987-1999 me permitió conocer directamente innumerables culturas, personas famosas unas y anónimas otras, que tuvieron una extraordinaria influencia en mí. Tuve ocasión de aprender la inmensa sabiduría africana, encontrar y escuchar a personas que llevaría grabadas para siempre en el comportamiento cotidiano, como Nelson Mandela, la Madre Teresa de Calcuta, Gabriel García Márquez, Rigoberta Menchú, Adolfo Pérez Esquivel, Yasser Arafat, Yitzhak Rabin...

Merece especial mención la reunión que convoqué con motivo del 40° aniversario del descubrimiento del «ADN», con la asistencia de Paul Berg y los grandes científicos directamente relacionados con el genoma y el epigenoma.

Una modificación tan relevante como insoslayable fue sustituir «Alfabetización y educación básica», el gran programa educativo de entonces –se nota el espíritu colonial, como vino a comentarme el presidente de Tanzania, Julius Nyerere, maestro, *mualimu*–, por «Educación para todos a lo largo de toda la vida», con el propósito de procurar «libertad y responsabilidad» a todos los educandos, como establece el artículo 1 de la Constitución. Este fue el resultado del I Congreso Mundial de Educación, celebrado en Tailandia en 1990. La reacción –desmesurada, en el caso del Partido Republicano de los Estados Unidos– no se dejó esperar. Se había dado un paso significativo en la «descolonización» de la UNESCO.

En 1993 convoqué en Montreal un gran congreso, con la asistencia de educadores del mundo entero, cuyo fruto fue el «Plan Mundial para la Educación en Derechos Humanos y Democracia», cuyas grandes líneas se incorporaron al texto final de la Conferencia Mundial de Derechos Humanos, celebrada en Viena el mismo año.

En la UNESCO me esforcé en la transformación de una cultura secular de fuerza e imposición, llevada a cabo por un poder invariablemente masculino y absoluto, en una cultura de conciliación y conversación.

En la cultura de la palabra. En el mes de septiembre de 1999, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó la Declaración y

Plan de Acción sobre una Cultura de Paz, tantas veces soñada. Al embajador de Bangladesh, Anwarul Chowdhury, debo en gran medida la realización de aquel crucial proyecto. El año 2000 fue declarado Año Internacional de la Cultura de Paz y, a propuesta de los Premios Nobel de la Paz, también se destinó a la cultura de paz, en varias dimensiones, el decenio 2001-2010.

En 1992, al conocerse la completa secuenciación del genoma humano, puse en marcha, en concertación con HUGO (Human Genome Organization), el proceso de consultas que, admirablemente dirigido por la jurista francesa Noëlle Lenoir, condujo a la Declaración Universal sobre el Genoma Humano, aprobada por la Conferencia General de la UNESCO en 1997 y por la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1998, en cuyo undécimo artículo se prohíbe la clonación humana a efectos reproductivos, con el fin de evitar la producción de seres humanos de «diseño». A continuación abordamos no solo temas de la bioética, sino de la ciencia y del conocimiento en general. No todo lo factible es admisible éticamente.

También en 1992 me presentaron a una de las personalidades cuyo conocimiento y amistad más han influido en mí, por su gran visión, su ejemplo, su fuerza intelectual: Rigoberta Menchú Tum.

En 1994 reuní en Barcelona a representantes de dieciocho culturas religiosas (Dalai Lama, cardenales, rabinos, imanes, etc.), quienes dejaron muy claro que todas las creencias se basan en el amor, y que el fanatismo es inaceptable y está en contra de los principios esenciales de todas las creencias.

En 1994 publiqué *La nueva página*, con prólogo de Ilya Prigogine, e inicié una de las amistades cuya inspiración ha sido una de las más relevantes de mi trayectoria: me refiero a D. Mario Soares, el expresidente de Portugal, uno de los escasos auténticos líderes políticos que he conocido y que supo enviar, desde su «Revolución de los claveles», mensajes a la humanidad del «otro mundo posible» que anhelamos.

Otra realización que hay que destacar es la Declaración sobre la Tolerancia, aprobada por la Conferencia General de la UNESCO en 1995, con motivo del 50º aniversario de su fundación. «Todos los seres humanos son iguales en dignidad». Proporcionar a todos ellos, sin excepción, las condiciones para una vida digna. No existe solo el de-

recho a la existencia, sino a que tenga lugar de tal modo que la creatividad, la capacidad de anticipación, de invención de un futuro personal y colectivo, que son distintivas de la especie humana, puedan desarrollarse sin cortapisas...

Estas son, en resumen, las cuestiones a las que hoy debemos hacer frente y que debemos procurar resolver con denuedo. Están lúcidamente resumidas en la *Carta de la Tierra*, magnífico documento del año 2000 a cuya redacción contribuí activamente.

En el año 1999 decidí no presentarme a un tercer período en la UNESCO y regresé, como he hecho tantas veces, a «mi rama» universitaria, en la que todavía había, hasta mi jubilación en el año 2004, labores científicas y académicas que desempeñar. Procedí también a crear la Fundación Cultura de Paz en Madrid, en el año 2000, para contribuir a la puesta en práctica de la Declaración y Programa de Acción de 1999. En el mes de diciembre tuvo lugar una gran reunión con la asistencia de varios Premios Nobel. Resultado de la misma fue la «Declaración de Madrid».

Durante estos últimos años he sido también miembro del Comité Ejecutivo de la Federación Europea de Sociedades de Bioquímica, encargándome sobre todo del área de «ciencia y sociedad». A finales del año 2005, el Gobierno danés solicitó que ejerciera la presidencia de un grupo de científicos europeos germen del futuro European Research Council, con el fin de conseguir que en los programas marco de la Unión Europea (siete años de duración cada uno) figurara una importante cantidad para el fomento de la investigación básica. Logramos movilizar a la comunidad científica europea y se consiguió la provisión de 1.500 millones de euros anuales, que administra el European Research Council. También he presidido el Grupo de Alto Nivel de las Naciones Unidas para la Creación del Programa Internacional sobre la Alianza de Civilizaciones, la «Initiative for Science in Europe» y, en la actualidad, la «Comisión Internacional contra la Pena de Muerte».

En los últimos años he publicado, entre otros libros, *La fuerza de la palabra* y *Delito de silencio*, y los poemarios, siempre editados por Litoral, *Alzaré mi voz*, con ilustraciones de Cachi Soler; *En pie de paz*, con grabados de Merche Gómez Pablos, y *Donde no habite el miedo*, escrito

con María Novo, que también ha contribuido con magníficas reproducciones de sus óleos. Mis primeros poemarios, *A contraviento*, *Aguafuertes* y *Terral*, contaron con espléndidas ilustraciones de Miguel Rodríguez Acosta.

Para *En pie de paz* conté con el prólogo de José Saramago, gran amigo y promotor de la «invención del futuro». Convencido de que estamos viviendo momentos fascinantes y de que se avecina la gran inflexión que permitirá pasar de súbditos a ciudadanos gracias a las nuevas tecnologías de la comunicación y de la información, y en el contexto del 15-M, he colaborado en las obras *Reacciona* (2011) y *Actúa* (2012).

Sigo apasionado por la democracia genuina como único marco en el que es posible el pleno ejercicio de los derechos humanos; por el conocimiento, los beneficios de cuya aplicación deben hacerse extensivos a todos los seres humanos, sin exclusiones; por la libertad, que permite a cada uno conocer la inverosímil realidad de la existencia.

Confieso que, en estos últimos años, dedicado casi en exclusiva a la promoción de una cultura de paz, a la transición de la fuerza a la palabra, me he dedicado menos de lo que debería a la ciencia... Y es que he llegado a la conclusión de que hay algo mucho más difícil que la biología molecular: vivir en paz, dejar vivir en paz a todos para que todos los seres humanos «cuenten».

En estos momentos estoy propiciando una gran movilización a escala mundial, ya que, por primera vez en la historia, nos hallamos frente a procesos potencialmente irreversibles en los que pueden alcanzarse puntos de no retorno. Sería un inmenso error histórico el que no tuviéramos en cuenta a las generaciones venideras, que son, precisamente, las que deben proporcionar no solo apremio, sino lucidez, a las medidas que deben adoptarse sin demora. El papa Francisco, con el que he tenido la imborrable ocasión de dialogar, ha

Sigo apasionado por la democracia genuina como único marco en el que es posible el pleno ejercicio de los derechos humanos; por el conocimiento, los beneficios de cuya aplicación deben hacerse extensivos a todos los seres humanos, sin exclusiones; por la libertad, que permite a cada uno conocer la inverosímil realidad de la existencia

llamado la atención sobre las responsabilidades que tenemos en relación con la calidad de vida en la Tierra, con una encíclica ecológica, *Laudato si'*, y nos ha advertido de que «la globalización de la indiferencia» podría ser causa de trastornos globales moralmente inaceptables.

No puede permitirse que, según han puesto de manifiesto con claridad los informes de Intermón Oxfam, un puñado de personas, menos de setenta, posean una riqueza mayor que la de la mitad de la humanidad: ¡3.500 millones de almas! No puede seguir permitiéndose que el neoliberalismo concentre en seis, siete, ocho países, especialmente prósperos, la gobernanza de la humanidad: en la década de los ochenta, la sustitución del Sistema de las Naciones Unidas, un multilateralismo democrático, por los grupos oligárquicos y plutocráticos del G-6, G-7, G-8... G-20, ha derivado en una situación de desconcierto y de amenazas globales sin que exista la posibilidad de reacciones proporcionales y a escala global. Por otra parte, el inmenso poder mediático de los mercados contribuye a que una gran parte de la ciudadanía se convierta en espectador, no en actor, en obcecado servidor de consignas que se dan a través de noticias sesgadas...

Sin embargo, pienso sinceramente que se avecinan grandes clamores populares en favor de una vida digna para todos. Una vez más se trata de adquirir conciencia de lo que ocurre y de las posibles soluciones. En el Capítulo Español del Club de Roma se repite con frecuencia que hemos llegado a momentos en que los múltiples diagnósticos deben ir acompañados de tratamientos oportunos. Esta es nuestra gran responsabilidad. Sí: libres y responsables...

El papa Pablo VI, en *Populorum progressio*, advirtió que «combatir la miseria es urgente y necesario, pero no suficiente. Se trata de construir un mundo donde todo ser humano, sin excepción de raza, religión o nacionalidad, pueda vivir una vida plenamente humana o emancipado de las servidumbres que le vienen de parte de los hombres y de una naturaleza precariamente dominada». El desarrollo endógeno procura a cada pueblo la capacidad de satisfacer sus necesidades.

El papel de la comunidad científica y académica es situarse en la vanguardia de los cambios, en la primea línea de las exigencias éticas, sociales y económicas para conseguir lo que es el fundamento de todos los derechos: la igual dignidad de todos los seres humanos. Ejercer el

amor al prójimo, porque este es, sin duda, el gran mandamiento. Hoy no podemos vivir sabiendo que mueren de hambre miles de personas, la mayoría de ellas niños de 1 a 5 años de edad, al tiempo que se invierten en armamento, para la seguridad de un 20 % de la humanidad, más de 4.000 millones de dólares al día. Es inaceptable. Y, por tanto, debemos hacer todo lo que esté en nuestra mano para ayudar a los que viven fuera del barrio próspero de la aldea global, para tener presente en nuestro comportamiento cotidiano al 80 % de seres humanos que viven en un gradiente progresivo de precariedad. Este es el gran papel de la comunidad científica, artística, intelectual. La movilización ciudadana para que se cumpla realmente aquel inicio brillante de la *Carta de las Naciones Unidas*: «Nosotros, los pueblos...».

La solución está en la democracia genuina. «La humanidad debe guiarse por *principios democráticos*», proclama la Constitución de la UNESCO en su preámbulo. Por este motivo, en el año 2010 presenté, junto con Karel Vasak, el presidente de Portugal, D. Mario Soares, el jurista español D. Juan Antonio Carrillo Salcedo y el filósofo y pensador francés Edgar Morin, entre otros, el borrador del proyecto de la *Declaración Universal de la Democracia*, que fue presentado en el «Fórum Mundial para la Democracia», que se celebró en Estrasburgo, en octubre de 2012. A partir de entonces se ha difundido entre diversas personalidades tanto políticas como intelectuales, así como instituciones dedicadas al estudio y análisis de la democracia, y cuenta con la adhesión de figuras como Javier Pérez de Cuéllar y Mikhail Gorbachev.

Desde el corazón de África, en Yamusukro, en 1989, empezamos el desarrollo de la gran propuesta para la transición de una cultura de violencia, imposición, dominio y guerra a una cultura de encuentro, diálogo, conciliación, alianza y paz. De la fuerza a la palabra.

Este sigue siendo hoy mi gran empeño. Mi gran dedicación, porque creo que esta gran transición es la que haría posible una nueva era.

Hace tan solo unos meses, en el marco de la iniciativa del International Peace Bureau, con el liderazgo de Ingeborg Breines y de Colin Archer, para el «desarme para el desarrollo», Gorbachev repetía en Berlín que solo la escucha, la cooperación, tener en cuenta a todos los seres humanos y no solo a unos cuantos, la existencia de unas Naciones Unidas fuertes y capaces de abordar los temas políticos junto a

los socio-económicos y medioambientales... podía esclarecer los horizontes hoy tan brumosos.

En estos últimos tres años, en la Universidad Autónoma de Madrid, con la colaboración entusiasta del rector, José María Sanz, de los vicerrectores, de la decana de la Facultad de Derecho, Yolanda Valdeolivas, del profesor Antonio Cascón, decano de la Facultad de Filosofía y Letras, con la participación de múltiples profesores y la excelente dirección del profesor Carlos Giménez y la codirección de la Dra. Manuela Mesa, se está poniendo en marcha lo que constituye la institucionalización de la cultura de paz y de la no violencia en el campus universitario: el Instituto de Derechos Humanos, Democracia y Cultura de Paz y no Violencia (DEMOS-PAZ), que constituye mi último sueño de hace algunos años, convertido ahora en realidad.

Nuestros hijos –«puedo enseñarte a volar, pero no seguir tu vuelo»–, nietos y bisnietos seguirán sin duda la estela de estos proyectos a los que tantos desvelos dediqué. Y serán muchos los que, convencidos de su importancia y apremio –ética del tiempo– no permanecerán silenciosos e inactivos. No olvidarán –como escribe Enrique Badosa en una de sus baladas– «que hay que estar en vela noche y día... que no hay que dormir ni estar cansado».

**«Confieso que he vivido»,
que tengo los ojos muy
cansados... pero deseando
que sean muchos, muchos,
los que puedan ver en el
futuro las maravillas que yo
he visto, y no contemplar,
sin embargo, los horrores
que he contemplado yo**

«Confieso que he vivido». Que tengo los ojos muy cansados... pero deseando que sean muchos, muchos, los que puedan ver en el futuro las maravillas que yo he visto, y no contemplar, sin embargo, los horrores que he contemplado yo. Que no vuelvan más, nunca más, a producirse sucesos como los de Ruanda y los de Camboya. Que no vuelvan a producirse nunca más invasiones basadas en la mentira, como la de Iraq. Que no

vuelvan nunca más a sufrir estas diferencias que llevan a la pobreza extrema, por un lado, y a la riqueza extrema inútil, por otro. Que sea la fraternidad a escala mundial la que prevalezca.

PRÓLOGO

ISIDRO FAINÉ CASAS

Presidente del Grupo «la Caixa»

Todos somos conscientes de que vivimos en un mundo extremadamente diverso y complejo. La mayoría también nos damos cuenta de que nuestras sociedades encaran retos tan ineludibles como la preservación de la paz y de la democracia, el progreso económico, la justicia social, la conservación del medio ambiente, el impulso de la ciencia y el fomento de las artes y la cultura.

Pero muy pocos son capaces de orientarse adecuadamente en este bosque frondoso e inescrutable que es nuestro mundo actual, recorrerlo con soltura, apreciar los detalles y dilucidar los entresijos de su funcionamiento. Federico Mayor Zaragoza es una de estas personas, como queda patente si se examina el valioso legado que está dejando durante su prolífica trayectoria vital y profesional.

Y además haciendo gala de una generosidad y valentía encomiables. Generosidad para compartir con los demás sus propias experiencias y conocimientos, ya sea en forma de conferencias, artículos o libros como este que el lector tiene entre sus manos. Y valentía para posicionarse sobre temas con frecuencia polémicos, y hacerlo de manera clara, contundente, persuasiva, elegante y, por encima de todo, honesta.

Federico Mayor Zaragoza ha transitado con paso firme los terrenos de la ciencia, la cultura, el arte, la política y el activismo social. Siempre con vocación internacional, donde destacan los años al frente de la UNESCO.

No caben dudas sobre la excelencia de su labor y el mérito de sus múltiples logros en todas y cada una de esas áreas. Creo que ello ha sido posible porque Federico cuenta con tres cualidades muy valiosas.

En primer lugar, posee un enorme poder de observación, un sano sentido de la curiosidad y grandes capacidades de análisis y de síntesis.

Esto es determinante en su faceta como científico, concretamente en el campo de la bioquímica, donde ha realizado grandes contribuciones en forma de descubrimientos, divulgación de los nuevos conocimientos y coordinación de numerosos programas de investigación médica, que han acabado siendo muy fructíferos para el conjunto de la sociedad.

Pero también es trascendental de cara a sus actividades en los ámbitos de la política, las relaciones internacionales y la acción social. De hecho, este libro es un claro exponente de ello: su profundo conocimiento de la naturaleza humana le permite apreciar, a partir de lo que aparentemente son detalles o anécdotas, la esencia de los perfiles personales que aquí se presentan.

En segundo lugar, Federico Mayor Zaragoza ha exhibido desde su juventud un espíritu emprendedor despierto y entusiasta, a la vez que grandes dotes de liderazgo. En el ámbito de la propia investigación científica y del magisterio universitario son numerosísimas las iniciativas que ha impulsado a lo largo de su carrera, como por ejemplo la que acabó dando pie a la creación del Centro de Diagnóstico de Enfermedades Moleculares (CEDEM) o la cofundación del Centro de Biología Molecular «Severo Ochoa».

Lo mismo sucedió durante sus etapas en el ámbito de la administración pública, donde destacan su dinamismo en los órganos rectores del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, así como en la dirección de la UNESCO, donde bregó hasta conseguir la aprobación de la Declaración y el Plan de Acción sobre una Cultura de Paz. Ya más recientemente ha lanzado un nuevo proyecto, tan encomiable como necesario, la Fundación para la Cultura de Paz, de la que es hoy su presidente, incluida en el Instituto de Derechos Humanos, Democracia y Cultura de Paz y No Violencia de la Universidad Autónoma de Madrid (Instituto DEMOS-Paz).

Puedo decir, desde la experiencia que he acumulado sobre el mundo de la dirección de empresas, que identifico en Federico Mayor Zaragoza el conjunto de cualidades o atributos que definen a los líderes inspiradores, entendiéndolos como aquellas personas capaces de agitar conciencias, activar voluntades y movilizar hacia la acción a quienes están a su alrededor.

La inquietud vital es el catalizador, y Federico ha desprendido dosis a raudales tanto en el inicio de su andadura como ahora en la madurez.

Como los buenos líderes, Federico es una persona creadora y transformadora, sobre una base que combina inconformismo crítico (porque no se resigna a permanecer pasivo ante lo que considera inaceptable) y autoexigencia racional (porque se siente impulsado a actuar con rigor y efectividad).

Gracias a la solidez de su formación y a la nobleza de sus propósitos, los logros de Federico han descansado firmemente en el poder de sus ideas, de sus argumentos y de su palabra, que además siempre ha defendido con la mente abierta, dispuesto a escuchar a los demás.

Pero también se ha dado cuenta de que es necesario pasar de las ideas a la acción, de modo que no ha vacilado ni ha escatimado esfuerzos para impulsar múltiples actividades y proyectos colectivos como los que antes he destacado.

A la vista de los excelentes resultados alcanzados, no hay duda de que Federico ha sido capaz de abrir caminos, no sin arduos esfuerzos, para alcanzar con éxito el objetivo científico, político o social que se había propuesto en cada momento.

A mi modo de ver, ha mostrado en estas empresas otros rasgos distintivos de los buenos líderes: tenacidad, disciplina, dotes organizativas, capacidad para motivar a los equipos de colaboradores, así como una inquebrantable predisposición para aceptar los riesgos y asumir las responsabilidades de los proyectos que ha abanderado.

En tercer lugar, y no por ello menos importante, sino todo lo contrario, emerge el poder de los valores que Federico ha personificado a lo largo de su trayectoria vital. Quienes tenemos la fortuna de conocerle sabemos que Federico Mayor Zaragoza es una persona modélica en muchas dimensiones.

Por encima de todo destaca la bondad que irradia hacia los demás, en todas las esferas donde ha desplegado su presencia: la familia, las amistades, los círculos profesionales y, sin que resulte una exageración, la humanidad en su conjunto.

Su labor al frente de la UNESCO, sus aportaciones como miembro del Club de Roma y posteriormente su creación de la Fundación para

la Cultura de Paz son exponentes destacados de lo que ha sido una constante en su trayectoria: es necesario hacer cosas, y hacerlas bien, pero lo más importante es hacer cosas buenas, aquellas encaminadas hacia el bienestar y la felicidad del conjunto de ciudadanos.

Estoy convencido de que un comportamiento ejemplar es la base del liderazgo y de la autoridad genuina, en todos los ámbitos. Y creo que esto también es de aplicación en el caso de Federico Mayor Zaragoza. Ejemplaridad en el sentido amplio de la palabra.

De entrada, porque ha mantenido y mantiene una coherencia plena entre lo que piensa, lo que dice y lo que hace. Por ejemplo, renunciando a cargos que podían haber sido cómodos y lucrativos.

También porque ha adoptado un estilo de vida, unos hábitos de conducta y unas formas en el trato personal que son congruentes consigo mismo y con los mensajes que proclama en público y en privado: sencillos, humildes, transparentes, moralmente íntegros, honestos e impregnados de humanidad. Rasgos todos ellos que han pasado a formar parte de su carácter bondadoso y servicial.

A fin de cuentas, solo puede ser líder, con voz autorizada, aquel en quien confiamos porque apreciamos las nobles intenciones que hay detrás de los actos que le vemos realizar. Y este es el caso de Federico.

La cultura del esfuerzo o, si se prefiere, la fuerza de voluntad es otro elemento definitorio de su carácter. Casi sin excepción, el trabajo perseverante, la ilusión y la capacidad para responder con optimismo y coraje ante los contratiempos son ingredientes muy importantes, diría que imprescindibles, para sacar adelante los proyectos que nos proponemos, sea cual sea su naturaleza, en este mundo complejo e incierto de nuestros tiempos.

Federico Mayor Zaragoza lo sabe bien desde su infancia, durante la que sus padres le inculcaron estos valores, a los cuales se ha mantenido fiel. Y son muchas las etapas transcurridas.

En efecto, el carácter de una persona se va forjando a lo largo de toda la vida, moldeándose a partir de las experiencias, el aprendizaje, la reflexión y el autocontrol, así como de las influencias que recibimos del entorno, en especial las que proceden de aquellas personas que, por uno u otro motivo, dejan huella permanente en nuestro camino.

Esto, tan íntimo y personal, tan valioso, es lo que Federico Mayor Zaragoza quiere compartir con el lector en este libro de vivencias y semblanzas. Sé que lo hace con el propósito de contribuir a que otros puedan encontrar, como él, inspiración para confeccionar su propia brújula, mediante la cual orientarse en el bosque intrincado, pero esperanzador, en el que vivimos. Una muestra más de su generosidad.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	5
PUBLICACIONES	12
PREÁMBULO PERSONAL	13
PRÓLOGO, de Isidro Fainé Casas	35
NELSON MANDELA (1918-2013). RECONCILIACIÓN	41
MADRE TERESA DE CALCUTA (1910-1997). FRATERNIDAD	51
MIKHAIL S. GORBACHEV (1931-). IMAGINACIÓN, LO INESPERADO ..	59
RIGOBERTA MENCHÚ (1959-). DERECHOS HUMANOS UNIVERSALES .	91
MARIO SOARES (1924-2017). VISIÓN GLOBAL	109
AMADOU-MAHTAR M'Bow (1921-). LA IGUAL DIGNIDAD	119
JUAN ANTONIO CARRILLO SALCEDO (1934-2013). LA LUCIDEZ	135
JOSÉ LUIS SAMPEDRO (1917-2013) Y STÉPHANE HESSEL (1917-2013).	
LA IMPLICACIÓN	159
AURELIO PECCEI (1908-1984). LA ANTICIPACIÓN	177
RAMÓN ARECES (1904-1989). EMPRENDER	193
YASSER ARAFAT (1929-2004), SHIMON PERES (1923-2016)	
Y YITZHAK RABIN (1922-1995). LA PAZ ES POSIBLE	207
DOCE RELATOS BREVES	231
Olegario: lo que todo el mundo cree saber	231
Ilya Glazunov y Chinguiz Aitmatov: notoriedad para	
la disidencia	232
Maestra de Uagadugú: sobre educación, los educadores	238
Reina Sirikit de Tailandia: a los 60 años, normalizar	
costumbres anacrónicas	241
Phan Thi Kim Phuc: una vida a la altura de una fotografía	
que conmovió al mundo	244
Abbé Pierre: solo una urgencia, compartir	248
John Bolton y otros dos sucesos: el deber de disentir	249
D. Juan Carlos y D ^a . Sofía: al pan, pan, y al vino, vino	255
Jane Fonda y Ted Turner: el poder del poder mediático	262
Indira Gandhi: «Gracias por los diagnósticos, pero	
traígame una solución, por favor»	264
El general Giáp, de Vietnam: un militante militar se explica	270
Gloria Cuartas Montoya: primera alcaldesa de la paz	273